



Francisca Sevilla, 79 años.
Alberto López Marín, 22 años.

De cuando merece la pena haber vivido

Cuando Paquita desnuda su memoria, sonríe. Cuando sabe que ha intentado aprovechar cada día de vida, es feliz. Cuando besa a sus biznietos, sabe que ha merecido la pena estar aquí.

De entre las numerosas historias que encierra la cotidianidad de un centro de la tercera edad como el madrileño Ramón Pérez de Ayala, he tenido la oportunidad de conocer la vida de Francisca Sevilla García. Allí me esperaba, me saludó muy educadamente. En compañía de una trabajadora del centro nos dirigimos a la biblioteca. Habla muy relajada, a gusto y sin perder la sonrisa, sus recuerdos son dulces y su presente tranquilo. Paquita es inteligente, se expresa correctamente y es muy complicado no sentirse dentro de una historia que narra con tanto interés y pasión, de tal modo que al poco tiempo ya no creo estar en aquella biblioteca del centro de mayores, sino en el lugar y la época que ella dibuja con sus palabras. Con ellas conozco a la recién nacida Paquita, a la adolescente, la soltera, casada, a la madre, abuela que encierra su persona y sus 80 años de vida.

Nace en 1926. Me sitúa en El Campillo de Medina del Campo, un pequeño pueblo de la provincia de Valladolid. Es la cuarta de seis hermanos, muy esperada, sobre todo por su padre que, después de tres niños, estaba deseando que llegara ella. Y ahí está, luce una melena que no se decide en ser rubia o castaña. Sus ojos son grandes y verdes. Cutis muy fino y unas manos casi de porcelana que no fueron concebidas para la vida y el trabajo en el campo. Es pequeña, pizpireta.

Vivían en una casa grande, rural, y tenían una huerta de la que se alimentaban y vivían. Su padre, vital, generoso y fiel protector de su niña, era un hortelano muy trabajador así como sus hijos. Nunca olvidaba tener detalles en forma de exquisitos productos de huerta para el maestro o el cura del pueblo. En cambio a la recién llegada no le hacía especial ilusión comer verduras, aunque recuerda con especial cariño el aspecto y sabor de aquellas lechugas, o los pimientos morrones con los que su madre hacía un pastel. Allí estaba rodeada de placeres naturales que Paquita, me dice, jamás ha encontrado ni tan siquiera en los grandes supermercados de Madrid. A la aún joven protagonista no le gustaba la vida rural.

Su abuela ya recomendó a la madre de Paquita que no fuera hortelana, que era una vida muy dura. Aun así, es común verla regar la huerta, lavando, cosiendo y, en definitiva, haciendo todo el trabajo que supone la vida rural y ser madre de seis hijos. Podrían haber sido dos más, pero murieron. Paquita, por el contrario, no conoce la enfermedad en su infancia.

A sus padres los recuerda muy religiosos. En los pueblos, comenta Paquita, se vive mucho la religión. Recuerda también sus juegos, en los que la necesidad despierta el ingenio, y se divierte con una pelota o jugando al escondite.

Tiene muchas amigas. Con ellas y otros niños hace su primera comunión. Le han hecho un vestido rosa, parece una princesa. Cerca de la iglesia han puesto unas mesas con chocolate y bollos para todos. No se acuerda de los regalos, quizá porque no hubo, o



probablemente porque eran felices simplemente haciendo la comunión. Sí recuerda una muñeca que le regaló por Reyes su tía, o un yoyo en otra ocasión.

Paquita tiene ya diez años y El Campillo no es el mismo. Se respira tensión. El Norte de Castilla y las tres o cuatro radios que tienen los ricos del pueblo informan puntualmente de la Guerra Civil. Ella sabe que España se divide en dos, conoce el fusilamiento de varias personas y también el racionamiento de algunos productos, aunque en su familia no pasan hambre gracias a la huerta. El Campillo es más nacional que republicano, aunque en casa de Paquita se vive al margen de todo debate político, porque ni les hace felices ni les da de comer. Sus tierras, ricas en hortalizas, les alimentan durante la guerra y les dan mucho trabajo al finalizar, no dan abasto en el reparto de patatas. Tras la tempestad, calma.

Va al colegio hasta los 14 años. Le gusta ir a los bailes, pero tiene que ir pronto a casa porque le espera un padre preocupado. Aun así no le es necesario salir de casa para conocer al hombre de su vida. Flores trabaja como electricista con uno de los hermanos de Paquita. Dice que parecía un moro. Me lo describe moreno, alto, un galán con mucho pico y muy poeta. Son novios durante dos años.

Al padre de Paquita le daba pena que su hija se casara tan joven pero a pesar de todo dio su consentimiento. 12 de junio, 1946. Paquita tiene 20 años. Dice que se casó como una cucaracha, de negro, traje de una sola pieza y velo. Él, 25 años, traje azul marino de raya diplomática. De comer hubo conejo, y vino para beber.

Madrid. Han pasado ocho días desde la boda y llegan los recién casados. Paquita deja el lugar que la vio crecer. Él tiene trabajo allí y vivirán con sus padres, muy beatos. Tras pasar una temporada con sus suegros, desean encontrar un hogar propio para vivir en intimidad su relación, pero hasta los tres años no logran el suficiente dinero para marcharse. Es el inicio de una vida en común entre aquella joven y aquel moreno que la conquistó.

Ha sido una vida de amor y felicidad para una pareja que se conoce en un pequeño pueblo castellano y que sueña con ir a la capital, donde los dos han tenido una vida cómoda al no haberles faltado el trabajo. Él se retira como oficinista de la Policía Municipal de Madrid. Ella durante 25 años trabajó en la Seguridad Social. De su amor nacieron dos hijas, y sus hijas les dieron seis nietos, y sus nietos ya les han regalado tres biznietos. Ambas hijas se casaron pronto, y Paquita me cuenta cómo lloró y lo pasó mal cuando dejan de vivir en casa, exactamente la pena que sintió su padre cuando su niña querida se casa y se marcha a la capital. En Madrid, Paquita ve morir a sus padres. Él a los 60 y ella a los 72.

Juntos, marido y mujer, han recorrido playas y lugares de toda España. Viajaron mucho, más aún cuando Flores se jubila. En Benidorm ganaron un concurso de baile, han sido dos auténticos bailarines. Paquita recuerda también los paseos que daban o la misa de los domingos a la que nunca faltaban. Desgraciadamente todo lo vivido con él se tiñe de pasado.

Paquita ha estado y estará toda la vida enamorada, una muerte roba la vida pero no arrebató el recuerdo de quien se va, y mucho menos impide el cariño de los que quedan, tampoco el amor de una joven de El Campillo con la que ha compartido una bonita historia. Paquita se lamenta de que se marchara cuando lo tenían todo para disfrutar de la vida.



Ocurrió hace cinco años. Él rozaba los ochenta años cuando vuelven de un agradable viaje a Peñíscola. Allí habían bailado mucho, como siempre. Él se negaba a reconocer que no era el mismo, pero algo ocurría y se agotaba, sin saber que su vida también se estaba apagando. A la vuelta, y tras un chequeo, conocieron un cruel y asesino cáncer que le sentenció a un año de vida en el que Paquita y Flores no se separaron. Nunca lo harán.

Ahora ella escucha con nostalgia canciones de Luis Miguel que en otros tiempos disfrutó con su marido, rememora sus versos y se cuida para disfrutar por muchos años de lo más importante que han conseguido en tantos años de amor: una familia. Puedo notar el brillo en sus ojos cuando habla de él. Le ama, así como a sus hijas, nietos y biznietos que constantemente aparecen en sus palabras.

Cada martes y jueves va al centro de mayores a pintar, lo hace bien. Pinta paisajes y bodegones. Si tuviera que hacerle un retrato no dibujaría a la jovencita que he presentado, pero dentro de ella quedan todas y cada una de las estaciones de la vida que he narrado, con su niñez, adolescencia, sus experiencias y su historia personal, todas ellas encerradas dentro de una Paquita que ya ha cumplido los 80 años. Dibujaría una mujer que luce pelo rubio, corto. Conserva unos bonitos ojos verdes y una piel cuidada que maquilla discretamente. Se confiesa coqueta, viste bien y su aspecto es saludable. Serena, racional, tiene voz grave y agradable, y vocaliza perfectamente cada una de las palabras que construyen la novela de su vida, y que nunca dejan de nombrar a los suyos, a los que quedan, y a los que nunca se fueron.

Lo importante de la vida

Francisca Sevilla considera que la vida es corta pero que merece la pena. Siempre ha sido muy optimista y no se arrepiente de nada. Aconseja vivir bien, trabajando sólo lo necesario y disfrutando el tiempo con la gente que merece la pena. Ella lo ha hecho viajando y haciendo en todo momento lo que a ella y a su marido más le gustaba. De lo que más orgullosa se siente ahora es de sus dos hijas, que le han dado unos excelentes nietos. Se siente una niña más cuando ve a sus biznietos. Todos ellos son el mejor regalo que jamás ha recibido, son el premio a una vida aprovechada. Además, dice que si volviera a nacer le gustaría ir a la Universidad, siempre ha sido muy activa y ha tenido en mente nuevos proyectos. Esa es su filosofía de la vida, lo que de ella ha aprendido, y la que seguro que repetiría si tuviera una nueva oportunidad. Me quedo con dos palabras que expresó al finalizar la primera entrevista: "soy feliz" Con 80 años, guarda una ilusión intacta, y se cuida para, por mucho tiempo, poder estar con los que la quieren.